

G O N Z A L O L E M A

20 Años
EDICIÓN (1998-2018)
CONMEMORATIVA

LA VIDA
ME DUELE
SIN VOS

Premio
Nacional
de Novela
1998

Grupo Editorial
Kipus



Capítulo 1

“Tú eres un hombre que duele a la gente”, le había dicho una señora Plá temerosa (no habitual), dejando silbar las palabras entre los dientes, como si Danielito Estofán (“sociólogo, mucho gusto”) no lo supiera. ¡Cuántas veces, apenas el silencio llegaba con el humo de los infaltables cigarros, bastaba con que pegaran un brinco al costado del cansancio húmedo de sus cuerpos desnudos para advertir que lo sufría bíblicamente con una punzada bajo las costillas! Sería por eso que, como tratando de explicarse algo, ella detenía la mirada resignada en cualquiera de los grandes espejos que siempre forran los cuartos de los moteles. Por supuesto que entendió desde un principio que él era el motivo de su. En fin. Aún se recordaba en el club aquella lejana tarde en que Plá comentó (públicamente, sin necesidad) que Daniel era muy lindo los primeros quince días. Claro que lo lindo suyo y lo lindo de ella y lo lindo de ambos duró más, casi un año, pero aunque él argumentara una y otra vez sobre sí mismo mientras masticaba coca, hasta llegar a creer que era real la trama enredada de idas y venidas que le servían para dejar turulato a cualquiera, Plá y Daniel, él y ella, sin ninguna palabra mediadora entre la agudeza de una y los pelos en punta del otro, sabían que, si bien él no era del tipo cojo que

echa la culpa al empedrado, menos a la infancia de mierda, acabaría nomás con los años vestido de pijama, tomando sol en un patio de cemento, grande y desolado, munido de un garrote contra los niños y los perros, loco y renegado del tun tun de las cosas en esta vida.

“...que duele a la gente”.

No había dicho nada más que eso aunque parecía suficiente para una muestra cabal de mi sangre. Yo no sabía esa cruel verdad con sus palabras, pero la sabía de todas formas; quiero decir que la sabía sin palabras seguramente para que me doliera menos. Pero así era Plá llegado algún raro momento. “Tú eres un hombre que duele a la grandísima gente”, había repetido enojada y yo empecé a sufrir curiosamente por la anónima gente más que por la conocida. Luego, debido seguramente a mi horrible oficio basado en lo obvio (“sociólogo, mucho gusto”), esperé que fundamentara.

Ella chitón.

Yo recapacité: ¿Los del club sentirán lo mismo?

Sentada sobre la cama, envuelta en una sábana tan delgada como el hilo que sujetaba todo, frente a su propia y pálida cara reflejada, sin embargo Plá dijo más: “Dueles a los que vencen la tentación de odiarte. Contigo son dos cosas: zig o zag. Si yo elegí zig, es a los zig que les dueles tanto. Todavía no te odio, pero debe faltar poco”.

Capítulo 2

Ah. El había llegado al club de los jueves en las tardes gracias (“¡muchas!”) a la inocultable petulancia de Perico el pintor. El Pintor. Y casi estoy seguro que ese primer día también fui petulante. Yo intelectual petulante con mis pies blancos en abarcas de indio, mi chuspa cargada de libros de oficio y mi medio kilo de coca seleccionada para acullicar en pleno living room de la señora Plá de Castañón. Amén de mis cejas bellas. Ni modo aquella vez de reparar en el desaRraigo de la eRes de Mónica la periodista educada en Lima Perú, ni idea de la mala fé de un estudiante de jesuita, cambia, bisoño e inteligente, llamado a sí mismo con dulzura: Mozo. Imposible reparar en la media melena rubia de la anfitrióna Plá, que luego con el tiempo me llegaría a ser tan importante para fijar la vista y hablar, un punto norte y luminoso para el sentido de mis (siempre petulantes) palabras, una oreja grande que esa tarde del debut no me significó nada.

Jueves tras jueves. No quiero opinar palabra alguna sobre el grupo, no ahora, aunque sean inevitablemente necesarios para conjurar a Plá e intentar atraparla de un manotazo, pero sé que aún sin nombrarlos aquí estarán, porque si bien jamás los hallé en el metódico deber de aplanar calles y plazas, si jamás coincidimos en una noche de tragos y farándula en

café o bar alguno, si jamás pusimos juntos el pie en una sala y guardado silencio ante “DIE FREUDLOSSE GASSE” y curiosamente la hayamos discutido el jueves siguiente en la sede (el living room, siempre en casa de Plá) con los colmillos desenvainados, igual éramos el club de paridos por los sofás y alfombra, a veces echando mano a la guitarra cantora y normalmente argentina, casi siempre abrigados en una penumbra gruesa, densa, alborotada apenas por el sube y baja ardiente de pequeños cohetes llenos de humo y por el olor de las hojas de coca desparramadas sobre la mesa. Las miradas rectas apuntaban a la pila de libros que con las horas crecía tanto, y a los vasos de ron con coca cola que luego en casa me doblaban en dos por el dolor de estómago.

La desolada vida de Daniel Estofán (“Sociólogo. Mucho gusto.”), un intelectual en dos idiomas, hecho en Cochabamba, se caracteriza por su imposibilidad de amar a la mujer, curiosamente, amada. Esa imposibilidad de orden estructural determina que él mismo afirme que la felicidad no es una obligación. Quizás, si seguimos la línea de su desazón, ni siquiera sea una aspiración.

Daniel Estofán, miembro fundador de un grupo de intelectuales diletantes, es más querido en ausencia, pues su presencia constituye la viva imagen de la duda, a tal punto que nada es cierto, ni siquiera el deseo que todos llaman amor. Quien lea esta novela encontrará ecos de un Cortázar leído hace muchísimos años, cuando todos buscaban el sentido de la existencia.

En 1998, *La vida me duele sin vos* ganó la primera versión del premio Nacional-Alfaguara de novela.

